Cuando una palabra mal traducida cuesta vidas, contratos o reputaciones

| Por las traductoras públicas Carolina Quiroga Rolla y Daniela Saccone, integrantes de la Comisión de Área temática Técnico Científica

La Comisión de Área Temática Técnico-Científica del Colegio ofreció una charla abierta sobre gestión del riesgo lingüístico en la traducción técnico-científica. El eje: qué sucede cuando la confianza se deposita en la inteligencia artificial o en manos sin formación profesional, y por qué muchas veces el traductor aparece en escena cuando el daño ya está hecho.

¿Cuántas personas –sean clientes o no– deciden confiar sus traducciones a la inteligencia artificial o a alguien que no cuenta con formación profesional? La mayoría no es consciente de los riesgos que implica esa decisión. Muchas veces, solo recurre a un profesional cuando el error ya se cometió y sus consecuencias se volvieron difíciles de controlar.

Porque cuando está en juego información sensible, una traducción no es simplemente un texto. Un error puede desencadenar un problema operativo o técnico, financiero, sanitario, legal, ambiental o reputacional.

Esa fue la premisa que guio la charla ofrecida por la Comisión de Área Temática Técnico-Científica, en la que, a través de proyectos y casos reales, se analizó el impacto que pueden tener las decisiones lingüísticas en entornos críticos. Algunos ejemplos mostraron errores que terminaron mal; otros, muy mal. No solo se habló de IA, sino que se mencionaron casos en los que la intervención de traductores profesionales permitió detectar y prevenir errores que podrían haber tenido consecuencias mucho más graves.

Un mapa de consecuencias posibles

El punto de partida fue una definición: el riesgo lingüístico es la probabilidad de que una falla, ambigüedad o error en la comunicación multilingüe produzca consecuencias negativas. El riesgo no reside únicamente en el error de traducción en sí, sino también en lo que ese error puede desencadenar.

De allí surge un amplio mapa de riesgos. El técnico u operativo, cuando manuales, protocolos o especificaciones mal traducidos derivan en fallas de ejecución, accidentes o uso indebido de equipos. El legal y regulatorio, que puede surgir de equivalencias jurídicas inadecuadas en contratos o normativas, especialmente cuando conviven distintos sistemas de derecho. El financiero, que puede esconderse en una cifra o una condición mal interpretada. El sanitario, quizás uno de los más sensibles, cuando están en juego consentimientos informados, prospectos o historias clínicas y, con ellos, la seguridad del paciente. A estos se suman el ambiental, vinculado con estudios de impacto y regulaciones, y el reputacional, que puede erosionar la confianza de clientes, inversores o de la opinión pública.

Los casos que hicieron visible el riesgo

Uno de los ejemplos presentados fue el de Willie Ramirez, un joven cubano-estadounidense de 18 años que quedó tetrapléjico y con daño cerebral permanente después de que la palabra intoxicado –utilizada por su familia para describir un malestar– fuera interpretada por el personal médico como *intoxicated*, asociada al consumo de alcohol o drogas. Esa interpretación contribuyó a orientar inicialmente el diagnóstico en una dirección equivocada y retrasó la identificación de una hemorragia cerebral.





También se abordó el caso documentado por NIOSH, el instituto estadounidense para la seguridad y la salud ocupacional, sobre la muerte de un trabajador hispanohablante en Ohio que fue aplastado por una minicargadora, en un contexto en el que las barreras de comunicación formaron parte del problema.

Otro ejemplo permitió observar el problema desde una perspectiva diferente. Durante la preparación de la ratificación del acuerdo de libre comercio entre Corea del Sur y la Unión Europea, la revisión de la documentación traducida al coreano reveló 207 errores. Detrás del resultado había una combinación de factores: un enorme volumen de trabajo, plazos ajustados, varios traductores no profesionales trabajando en paralelo, ausencia de un glosario común y falta de una revisión final.

Consentimientos informados, manuales técnicos y artículos científicos completaron la serie de ejemplos en los que una decisión lingüística incorrecta podía transformarse en un riesgo potencial o real.

El GPS y quien conoce el terreno

Para pensar el lugar de la inteligencia artificial frente a estos riesgos, durante la charla se recurrió a una imagen especialmente gráfica: la IA funciona como un GPS muy potente. Puede procesar enormes volúmenes de información y encontrar rápidamente una ruta. Sin embargo, puede conducirnos por el camino equivocado cuando los datos de partida son incorrectos, ambiguos o no contemplan el contexto.

El profesional humano, en cambio, es quien conoce el terreno. No se limita a seguir indicaciones: puede advertir que algo no cierra, detectar una inconsistencia terminológica, cuestionar un dato del propio documento fuente o reconocer que una expresión culturalmente válida para un público no funciona para otro.

La IA procesa información; interpretar el contexto –y advertir cuándo ese contexto exige detenerse, verificar, consultar o tomar una decisión– sigue requiriendo criterio profesional.

En varios otros ejemplos técnicos y médicos, la mirada crítica de un traductor profesional permitió detectar un error en el propio documento original que había pasado inadvertido para la IA. La intervención profesional permitió advertir la inconsistencia y plantearla al cliente antes de que el error se trasladara a la traducción o llegara más lejos.

Por eso, la pregunta que atravesó la charla no fue si conviene o no utilizar inteligencia artificial en la traducción técnica y científica, sino cómo gestionar el riesgo cuando se la utiliza sin la mirada de quien sabe leer más allá de los datos.

La propuesta despertó una gran participación entre los asistentes, que compartieron preguntas, comentarios y experiencias propias vinculadas con los riesgos lingüísticos, muchas de ellas provenientes específicamente del ámbito financiero.

En definitiva, identificar dónde puede fallar una comunicación, evaluar el impacto de esa falla y adoptar medidas para prevenirla fue la tríada que la Comisión propuso instalar como parte de una responsabilidad profesional ineludible.

Porque, cuando una palabra puede afectar una vida, un contrato, una operación o la reputación de una organización, gestionar el riesgo antes de que el error ocurra es tan importante como saber traducir.■